

Los Libros

CONFESIÓN FILOSÓFICA Y LLAMADO A LA AMÉRICA HISPANA, de
don *Enrique Molina*

He dejado pasar un largo lapso antes de decidirme a comentar una obra de don Enrique Molina. Está tan próximo a nosotros, tan instalado en nuestra vida espiritual, inmanente y trascendente a ella (como a él mismo le sería caro decir), que cuanto se exprese por los que con él colaboramos tiene que mostrarse impregnado por un calor claro de simpatía, nacido—es cierto—de la más íntima comprensión, pero expuesto—y es más cierto—a desagradables incomprendiones.

Ha transcurrido medio año desde que fueron publicados los dos bellos discursos que prestan su nombre a estas humildes líneas. Durante seis meses las plumas del país que se dicen autorizadas han juzgado conveniente honrarlos—en lenguaje del autor de la *Crítica de la Razón Pura*, que padeció la misma suerte de homenaje—«con el silencio». No deja de ser acertada manifestación de inteligencia de parte de nuestros críticos que por lo común vienen solucionando los problemas de alta cultura de modo en absoluto «sui generis»: no planteándose-los...

El 11 de noviembre de 1941, la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile nombra al Rector de la Universidad de Concepción, que disfruta de prestigio continental, miembro académico de ella. En ese momento, la voz universitaria metropolitana se enciende en el saludo de don

Claudio Rosales—catedrático de proverbial sobriedad y justicia. Don Claudio Rosales emite en su discurso de recepción, junto a otros no menos oportunos, los siguientes juicios: «La figura de don Enrique Molina emerge en cuanto pensador, y aunque no he tenido la oportunidad de experimentarlo, tengo la intuición de que cuando se miran nuestros valores espirituales desde el extranjero, presentan el aspecto de un pobre caserío en cuyo centro se yergue la maciza arquitectura de un templo con su campanario que orienta y que invita a la meditación. He aquí el nuevo miembro académico de nuestra Facultad, y acaso el único ingenio de contornos bien definidos que se divisa mirando de más allá de las fronteras». Y todavía, como un epifonema feliz: «¡La incorporación de don Enrique Molina a nuestra Facultad me produce la impresión de una puerta que se abre, y con el frescor del aire puro entran la perspectiva del paisaje y la infinidad del espacio!».

Don Enrique Molina contesta con su discurso llamado «Confesión Filosófica», que debe considerarse como la cifra de su pensamiento, de sus inquietudes, de su conciencia reunida. Por estimarlo así, paso a intentar un somero análisis de su contenido.

Don Enrique comienza por desdeñar la erudición o polimantía como fin, y por salvar la problematicidad inconsecuente que ofrece la Gnoseología o Teoría del Conocimiento (Aprueban la primera actitud Heráclito, la segunda, Bergson).

De inmediato tocamos en la esencia de la Filosofía: ella es, entonces, Teoría del Ser y de la promoción por él suscitada en la conciencia que evalúa. Aquélla es Metafísica; ésta, Axio-logía o Teoría de los Valores.

La pregunta metafísica se formula: «¿Quién existe?»

Lo que existe es en sí y por sí. Tiene el carácter de aseidad que Spinoza asigna a la substancia: «lo que en sí es y por sí se concibe». (*Id quod in se est per se concipitur*). No hay que olvidar, asimismo— y nos lo ha recordado una vez más

Heidegger—que la pregunta metafísica abraza siempre el conjunto de su problemática. En otras palabras, la solución metafísica es una. O mejor: en Metafísica, solucionar algo es solucionarlo todo. Así, ha podido decirse que la Metafísica trasciende a sus objetos.

Para don Enrique, existe el peligro propiciado por el intuicionismo de Bergson y la fenomenología o «egología solipsística» de Husserl de conferir a la conciencia el primado existencial o calidad de absoluto. ¿Sería ella el germen multívoco, Isis miriónima de toda floración fáctica, sensible, experimental o real? ¿Sería también ella sujeto causativo de valores y objetos ideales y raíz ontológica de la vida?

La afirmación implícita en el valor de la Ciencia que se desprende de toda Filosofía que prescinde de la Teoría del Conocimiento tiene que cifrarse en determinaciones «a posteriori». Ocurre con el pensamiento de don Enrique. El mismo ha subrayado su confianza tanto en el saber de «hecho» como en el «derecho», frutos lícitos de evidencia que se alcanzan «gracias a la intuición de verdades «a priori» y a la comprobación metódica de las «a posteriori», que garantizan la posibilidad de llegar a certidumbres aceptables» (pág. 53).

Consecuentemente, la conciencia es la culminación óntica de un proceso lento de agonía evolutiva, cuya naturaleza ontológica es necesaria: «Cabe conferirle a la conciencia categoría de algo absoluto en el orden gnoseológico, como última instancia de nuestro conocer; en el orden ético, como fuente de inspiración y tribunal inapelable de nuestra conducta, pero no en el orden ontológico, en el del ser, donde si bien sus orígenes en potencia pueden confundirse con éste, no así su clara aparición, que, como queda dicho, es posterior a la de la vida» (págs. 54-55).

La solución metafísica trasciende a las posibilidades fácticas de nuestra conciencia, como por lo demás trascienden también a ella en cuanto objeto real psíquico los predicados

inespaciales e intemporales de los objetos lógicos y de los valores, cuyas estructuras ónticas forman parte de la materia que interesa a la rama de la Ontología llamada Teoría de los Objetos.

La conciencia no es, pues, para don Enrique, nada más ¡ni nada menos! que el fulgor significativo del Ser. Entre éste y ella hay exacta educación gnoseológica. Es el monismo inmovilista de los Eleatas, que declara la identidad del Ser y del Pensar, y el panteísmo inmanente de Spinoza que sustenta que el esfuerzo con que cada cosa o modo aparente del Ser trata de permanecer en sí misma envuelve un tiempo indefinido. (*Conatus quo unaquaeque res in suo esse perseverare conatur nullum tempus finitum sed indefinitum involvit*). En la página 57 de la «Confesión Filosófica» puede leerse: «Con Parménides pensamos que el Ser es único, infinito y eterno, y con Spinoza, que lo que hemos dicho de que sea absoluto se refiere a sus substancias, mientras que sus modos son contingentes».

Esta conclusión era previsible a partir de las consideraciones liminares que hace don Enrique acerca de la Lógica y de la Epistemología o Filosofía de las Ciencias. El principio de Parménides «El Ser es; el no Ser no es», que tiene la triple faz de identidad, contradicción y medio excluído (y que en lo actual es susceptible también de por lo menos tres interpretaciones diversas, a saber; la lógica, la psicología y la ontológica), cobra en la Filosofía de los Eleatas vigencia trascendente o metafísica. Queda dicho que para tales filósofos Ser y Conocer son idénticos. Don Enrique devuelve a este postulado su valencia metafísica, como leyes del Ser: «Estimo a los primeros principios de la Lógica, los de la identidad, contradicción y tercio excluído, no como categorías de fórmulas verbales sino como leyes del Ser (pág. 39).

Hay aseveraciones en la «Confesión Filosófica» que parecen desvirtuar el monismo inmovilista que la sustenta. En rigor, no hacen sino confirmarlo. Para esta filosofía, filosofía coherente,

lógica, el devenir es ilusión metafísica y realidad fáctica; la unicidad, inmutabilidad, inmovilidad, infinitud y eternidad son en cambio, atributos ontológicos e ilusiones fácticas. Puesto que decide la «inexistencia» del mundo sensible (mundo aparente), puede también predicarse de esta filosofía que es un «acosmismo». Pero dado que acepte la «consistencia» o «insistencia» del mundo concreto, hay quienes le niegan al sistema su carácter monista.

Lo que ocurre, en definitiva, es que el Ser se ve captado por una conciencia dual que, o racionalmente nos conduce a la aprehensión metafísica mediante la «episteme» (conocimiento de la autenticidad), o se ve traducida de manera imperfecta por el conocimiento sensible a través de la «doxa», opinión o conjetura. De todo lo cual nos dan testimonio inteligible las aporías de Zenón contra el pluralismo movilista.

El ontologismo de don Enrique afirma, pues, la existencia de una substancia o hipótesis subyacente a la multiplicidad contingencial, ontologismo que cobra inspirada expresión definida en los pasajes de su «Confesión» que paso a transcribir:

«El Ser se ha desdoblado y lo encontramos contemplándose a sí mismo por medio de la Razón, de nuestra Razón humana. Pero no debemos considerarnos como separados del Ser, constituídos en meros espectadores, ni menos aun en medio de un Ser hostil. Aunque Ser y Razón no son coincidentes, encontrándose la Razón en potencia en el Ser, formamos parte de él, estamos en él, vamos con él, es a la vez inmanente y trascendente a nosotros, ¿No se encuentran acaso en este desdoblamiento con que interpretamos el Ser completo una de las raíces del principio de identidad? La muerte no es más que un cambio de formas en el Ser. El amor también lo es, como propulsión íntima de sus movimientos. El amor y la muerte no sólo están unidos por el lazo romántico y trágico que exalta el amor hasta despreciar la vida sin el ser amado o hasta entregarla en sacrificio por él. La muerte es una consecuencia necesaria del

amor en cuanto condición ineludible para la existencia de nuevos seres. El amor y la muerte son las fases de luz y sombra del disco en que en el plano de la vida gira el Ser en su afán ingénito de conservación. El Ser en sus modos contingentes existe en el tiempo, o, más bien, en el espacio-tiempo, fórmula con que se designa el espacio de cuatro dimensiones (continuum). La temporalidad es de su esencia. La eternidad es esencia pura, es la esencia del concepto de un momento que perdura sin cambiar. El tiempo es serie de momentos que cambian. La eternidad es atributo del Ser puro substancial, que es lo mismo que Divinidad pura, o sea, misterio absoluto, si no salimos del plano de lo existencial» (págs. 60-61). «Nos parece lo más plausible concebir el espíritu sin hipostasiar en él una substancia, como en potencia en la del Ser y desdoblándose de él, según ya lo hemos visto, para realizarse a través del hombre». (pág. 64).

A la pregunta ¿Quién existe? ha contestado don Enrique: Existe el Ser. Esta conclusión es «a posteriori» desde el punto de vista genético, ya que la conciencia es sólo la forma más evolucionada, en algún sentido, del Ser: pero posee validez «a priori», esto es, lógicamente necesaria, independientemente de toda experiencia. Dentro del Ser, el espíritu es la «dimensión propia del hombre». Y hasta no elude cierto antropomorfismo don Enrique, a pesar de su austeridad ontológica, cuando otorga: «El amor es el delirio dionisiaco con que el Ser celebra su perpetuación (pág. 71).

¿Cuál es la doctrina de la «Confesión Filosófica» en el campo de la Axiología? Es, como la de Müller-Freienfels, relativista y psicologista a la vez que absolutista: los valores son absolutos, su esencia es anterior a cualquier experiencia, pueden existir sin base emocional ni volitiva: pero la valoración perfecta es el resultado de una experiencia vivencial (reacción emotiva para Kreibig y Meinong; volitiva, para Ehrenfels; proceso psíquico-específico para Schwarz).

Dice don Enrique: «Los valores son esencias relativas al hombre, a la personalidad humana. Por su condición de esencias tienen de específico que en cuanto medidas de valoración poseen luz espiritual propia. Al exponer discursivamente su condición, los valores toman la forma de conceptos cuya substancia se extrae de la apreciación de las cosas y de los hechos y en los cuales, por referirse a intereses profundamente vitales, existenciales, se infunde de manera inseparable los sentimientos (págs. 72-73).

En efecto, de que los valores «son esencias relativas al hombre» parece desprenderse que no deberían disfrutar de «luz espiritual propia». No es así, sin embargo. La percepción o captación de los valores están condicionada por un relativismo «histórico», pero aunque ellos mismos son «no independientes» (Husserl), su objetividad no substancial se asegura por la independencia que poseen respecto de la apreciación que de ellos se haga. Vale decir que algo es bueno, verdadero, bello, útil, etc., pese a que no lo reconozcamos como tal, pese a que no nos guste o a que lo desaprobemos reputándole disvalor o contravalor. Cervantes, por ejemplo, «Vale» a despecho y por encima de los que no lo aprecian.

¿Recordaré, además, que los predicados de valor no agregan nada a los objetos, que los contienen a modo de «cualidades irreales», esto es, cualidades que ontológicamente no pueden separarse de aquellos, por carecer en sí mismas de sustantividad entitativa? ¿Y que aunque los valores tienen carácter de «polaridad», difieren profundamente de los sentimientos, al punto que algo puede agradarnos y no valer o no agradarnos y valer? ¿O que los valores son inespaciales, intemporales, no sujetos a las leyes de causalidad, lo mismo que los objetos ideales (ideas, esencias y relaciones), con los que no deben confundirse, entre otras cosas porque no poseen, como éstos, carácter de demostrabilidad?

Si bien se mira, hay correspondencia sistemática entre la Ontología y la Axiología alimentadas por don Enrique. No veo la necesidad de insistir en ello. Pero en cambio, deseo abatirme sobre una región ontológica en que el pensamiento vivo del Rector de la Universidad de Concepción ha puesto lo más sincero de su médula: la Ética.

Los estoicos acordaban, a través de una alegoría célebre, que la Moral es el fruto de todo sistema filosófico. Pero la Moral es, sobre todo, el disfrute del mismo, a la vez que expresa su culminación.

En el ensayo que comento (lo llamo así porque rebasa con mucho los límites del discurso) no podía don Enrique Molina dejar de pronunciarse una vez más por la Moral de la ataraxia, la metriopatía y el valor que vivieran esos campeones precursores de la ciencia que se denominan «escépticos» y aquellos rigurosos y grandes pensadores del Pórtico, que no son fustigados por las contingencias de la vida, sino las azotan con la admonición ecuánime y alta: «Abstine et sustine» (Abstente y soporta).

Destaco de la «Confesión Filosófica»: »Dentro de un esbozo inicial, la actitud filosófica en lo que respecta a la conducta la haría consistir en la serenidad y equilibrio a que se llega por medio del cultivo de la Filosofía: son la sofrosine, la ataraxia y la autarquía griegas» (pág. 72). «...Agreguemos un calificativo esencial: de serenidad agonística, de tranquila entereza de ánimo al frente de la lucha» (pág. 76). «Tener valor es hacer de sí mismo un universo completo» (pág. 85).

Se trata de una Moral autónoma, no reñida con el determinismo, porque «Los motivos determinantes constituyen los antecedentes necesarios del acto en que la voluntad se decide por el que prefiere» (pág. 73),

Y llega al cabo de mi análisis. No será sin detenerme para blandir un pensamiento de don Enrique que cifra el secreto de su vida fecunda para la cultura chilena: «Hacer bien las co-

sas. Esta sencilla norma, practicada a fondo puede operar una síntesis de la acción y de la contemplación» (pág. 79). Y luego: «La síntesis armónica y fecunda de la acción y de la contemplación se encuentra así en la labor realizada con lo que podría llamar «Deleite Constructivo» (pág. 80).

Es un consejo fácil de observar, dentro de la humilde expresión que su autor ha querido prestarle. Es, en realidad, el plasma viril de que están dotados los caracteres de excelencia, que se irguen muy de cuando en cuando, y que, según Spengler, son más escasos hoy que nunca.

Dejo para un próximo artículo el «Llamado de Supersición a la América Hispana», cuyo contenido ofrece especial interés en los momentos actuales.



CÓMO SE HACE UNA NOVELA, de *Miguel de Unamuno*

Hace algunos años leí un cuento de Oscar Wilde intitulado «El hombre que conoció a Dios». Me pareció bello, con esa belleza indirecta que nos alcanza después de haberse enriquecido en la sublimación sabia de la ruta que atraviesa.

Un hombre había alcanzado el conocimiento de Dios. Y he aquí que anheló transmitirlo a sus semejantes, para lo cual se dió a la prédica. No pasó mucho antes de que se encontrase desprovisto de la dádiva que prodigara.

El hombre perdió el conocimiento de Dios, porque se entregó a analizar el difícil y caro producto de una intuición concreto-temporal del espíritu, una vivencia de valor absoluto, no susceptible de ser trocada sin riesgo por la moneda fría de las palabras.

Hace también algunos años devoré un libro de Unamuno, cuyo título es una garantía para el hombre que se siente durar